

—Parece que esas palabras me han infundido una vida nueva,—dijo con fácil acento.—No sé qué telas había delante de mis ojos, que ya han desaparecido, y veo claro, tan claro, que me pasmo de los beneficios que el Señor me ha hecho dando esta luz á mi alma, y no sé cómo agradecersele. El me ha enseñado el camino para ir á El; me ha llamado con voces de cariño. No me aparto, voy, voy, Dios, Padre y Redentor mio, voy abrazada á tu cruz.

—Así, así, así quiero á mi amadísima penitente y amiga,—exclamó el poeta de los superlativos dejando correr las lágrimas que venían á sus ojos.—Pronto vivirá usted en espíritu en la region del consuelo eterno. ¡Qué gran privilegio, amiga mia, no asustarse de la muerte, sino por el contrario, ver con gozo ese momento en que la última chispa de la vida asquerosa se confunde con la primer centella del vivir limpio é infinito! ¡Alma hermosísima, purificada por la oracion, por la piedad constante, por el heroico trabajo de la vida interior, por la perenne inmersión del pensamiento en la idea divina, extiende tus alas, más blancas que las nubes; no temas, remóntate, mira tu puesto arriba, oye las deleitosas músicas que te reciben, aspira esa fragancia inconcebible del Paraíso,

atrévete á afrontar la mirada paternal del que hizo el sol y las estrellas y que sonriendo con la sonrisa de que salió la luz, te recibe como á mártir, como á santa!

—Sí,—dijo María cruzando blandamente las manos sobre el seno;—yo me siento subir y no encuentro palabras para expresar mi júbilo. Parece que se me olvida ya el lenguaje de la tierra, que no sé hablar. Mi última palabra sea para repetir que perdono de todo corazón á los que me han ofendido.

Pausa. El italiano murmuraba una oracion.

—Padre,—dijo María Egipcíaca dando un golpecillo en la cama para despertarle de aquel sopor místico en que parecía haber caído,—me ocurre que debo manifestar de palabra mi perdón á mi marido.

—No es absolutamente necesario, pero puede usted hacerlo.

—Quién sabe si unas cuantas palabras dichas en momentos tan solemnes harán efecto provechoso en su alma perdida.

— ¡Oh, sí!... Esa idea es propia de una inteligencia sublime... Se lo *diremos*.

—En este trance,—añadió María agitada otra vez por los afectos que Paoletti llamaba menudos y demostrando una locuacidad nerviosa,—él no me puede contestar. ¡Ay! tiene

tan prontas las respuestas cuando yo le acusó, que á veces me aturde. Una vez...

María reflexionó un instante antes de seguir.

—...Vino á mí lleno de tristeza y desaliento. Era una noche que llovía mucho... el pobrecito, por ceder su coche á un amigo enfermo, se habia mojado hasta los huesos. Además, aquel día se le habia muerto otro amigo que queria mucho, un célebre ateo, ya sabe usted, que era compañero de estudios y de herejías de mi pobre Leon. ¡Oh! ¡qué triste estaba! Le ví entrar y me dió lástima; pero yo estaba rezando y no podia suspender mi rezo. Se mudó de ropa, pero con la ropa seca tiritaba lo mismo que con la húmeda... tenia fiebre. Yo mandé que le hicieran abajo una bebida calmante y seguí rezando, pidiendo á Dios fervorosamente que le convirtiera, ¡y él no me lo agradecía!... De pronto se llegó á mí y sentándose en una banqueta baja, puesto casi á mis piés, me tomó una mano, imprimiendo en ella unos besos que quemaban. Dijome así: "Yo necesito amar y que me amen... esto es vivir como los cardos que crecen solos y tristes en el campo..." Gran esfuerzo tuve que hacer para no hacerle caso. Obligada á dejar el libro de rezo, rezaba mentalmente, apartando de él los ojos, trayendo

á mi mente cosas de piedad, para que otras cosas y pensamientos no pudieran entrar. Aquel día habíamos hablado usted y yo largamente de las estratagemas de que se vale el espíritu ateo para cautivar al espíritu con fé. Yo me fortalecí con el recuerdo de aquellas palabras y dejé pasar, dejé pasar la corriente de cariño que de él venia hacia mí. Yo era una estátua; comprendí que debia enojarme, y me enojé, echándole en cara su ateísmo. El tiritaba de frio y me decia: "Puesto que mi hogar está vacío para mí, me voy á meter en un hospicio..." ¡Qué cosas decia! El "yo quiero amar, yo quiero que me amen," no se apartaba de su boca... Me galanteaba á veces como un estudiante, riendo; á veces me hablaba de nuestra casa, de los hijos que no habíamos tenido... Yo firme, yo revestida de frialdad, porque si le mostrara cariño, ¡cuál no sería su engreimiento y mi humillacion!... Habria yo creído que conmigo se humillaban la fé cristiana y la santa Iglesia. No, no; mi plan de conducta estaba trazado, ¡y qué bien trazado! Yo me levanté, y le dije sin mostrar emocion: "Conviértete y hablaremos," y me retiré, dejándole solo. ¡Cómo recuerdo aquella noche! Me acuerdo de que al entrar en mi alcoba me dió lástima de verle con tanto frio, y tomando una manta se la tiré desde la puer-

ta. Yo me habia puesto á rezar de nuevo en mi alcoba, cuando le oí decir: "¡Maldito sea quien te ha hecho así!,"

—¡Oh, mi querida amiga!—dijo Paoletti,—veo que se agita usted demasiado con esos recuerdos.

—Me parece que le estoy viendo...—añadió María con no sé qué expresion de éxtasis en sus ojos. Estaba pálido aquella noche, y tenia en sus hermosos ojos una melancolía, un desconsuelo... Parecia un niño hambriento que extiende los brazos hacia el seno de su madre y se encuentra con que el seno de su madre es de carton. Paréceme que siento el picor de su barba fuerte aquí sobre la piel de mi mano, y me pesa, me pesa aún sobre las rodillas su cabeza fatigada. Yo no la dejaba reposar allí, pero la miraba preguntándome por qué Dios permitió que las ideas materialistas y el no creer estuviesen dentro de una cabeza tan hermosa. Y aquella cosa inexplicable y encantadora que hay en sus ojos negros... y aquella energía de su mano varonil y aquel conjunto de seriedad, de brío, de fuerza, sin perjuicio de la esbeltez...

—Amiga de mi alma,—dijo Paoletti interrumpiéndola,—creo que si se ocupa usted tan prolijamente de perfecciones físicas, es para asombrarse de que el Todopoderoso, en su

alto juicio, las haya unido á un espíritu ciego y muerto.

—Eso es, eso es... pero estos recuerdos vienen á mí y no los sé desechar. Pueden más que yo... Un dia, despues de muchos dias de destemplanza entre los dos, le ví entrar furioso. Era la primera vez que le veia colérico y me dió mucho miedo. Me habló violentamente, y tomándome por la mano, sacudióme como si quisiera arrastrarme. Caí de rodillas delante de él. Me parece que aún siento su mano como una argolla, y si la sintiera de veras ahora, creo que el gusto me haria vivir... Díjome cosas muy duras, pero su misma ira, con ser tan fuerte, no le impedia la delicadeza... Aquel arrebato de cólera me regocijaba en el fondo del alma, porque me demostraba su amor; pero como yo estaba segura de su fidelidad no quise manifestarle nada de afecto. Bien sabia yo que no me habia de hacer daño, y por lo mismo le dije: "No me importa que me mates, pero aguarda una hora. Estoy repartiendo mi ropa á los pobres." Así era; más de cien infelices aguardaban á la puerta. Yo estaba tan orgullosa de mi caridad que supe despreciar á mi tirano. Él me dijo: "¡Es horrible que se sienta uno herido en el alma y ni aún pueda devolver golpe por golpe, y no pueda vengarse, ni matar á nadie,

ni áun castigar!...» ¡Oh, qué simpático estaba en su enojo!

—Basta, basta,—dijo prontamente y con desasosiego el Padre.—No permito ni una palabra más de esa revista de memorias nocivas al alma. La que luchó entónces por limpiar su espíritu no puede sucumbir ahora.

—No, no sucumbiré,—dijo María, revelando en su rostro lívido el esfuerzo que hacia su alma para romper las misteriosas cadenas que la aprisionaban en la hora tremenda.—Bastante me he mortificado, bastantes batallas he dado en mi mente para despojarle de aquellas perfecciones y dejar desnudo el horrible esqueleto. Este procedimiento de no ver en el sér hermoso más que un esqueleto me fué recomendado por usted... y ha sido mi salvacion... Porque indudablemente mi alma se habria perdido, ¿no es verdad, Padre? si hubiera cedido á los halágos suyos, que tenían un fin avieso, ¿no es verdad, Padre?... el fin de conquistarme espiritualmente y hacerme suya, extraviando mi corazon, ¿no es verdad, Padre?

A cada pregunta, señal en ella de dudas ó refriega interior, el Padre contestaba afirmativamente con fuerte cabeceo.

Yo le decia; "Tuya soy en aquello que nada vale; pero mi espíritu no le tendrás ja-

más.» A veces me imponia la obligacion de estar semanas enteras sin hablarle; ¿no es verdad que hacia bien?

—Mi infelicísima amiga,—dijo el italiano dando un suspiro,—está usted refiriéndome lo que mil veces me ha referido. Volvamos esa página sombría, sobre la cual todo lo hemos dicho ya, y hablemos de Dios, del perdón...

—¡Del perdón!...—dijo María alzando su cabeza sin mover el cuerpo.—¿De qué perdón?...

En sus ojos se pintó una especie de mareo como el que precede al delirio. Incorporóse súbitamente en el lecho con dura sacudida, y oprimiéndose las sienes, gritó:

—No les perdono, no les perdono, no les puedo perdonar... ¡Marido, á tí sólo te perdono, si vuelves á mí! A ella...

No pudo acabar la frase. Retorciéndose los brazos, cayó en el lecho como un cuerpo muerto.

Paoletti la miró aterrado. María tenía sus ojos clavados en él con expresion bravía. El clérigo sintió en su frente sudor glacial y el corazon agitado se le salia del pecho. La dama, despues de mirarle así, cerró los ojos. La crisis se resolvía en distincion de músculos y en sollozos y suspiros. Paoletti dijo con voz que se esforzó en hacer cavernosa:

—¡Alma que creí victoriosa y que ahora sucumbes vencida: si no perdonas, Dios no te perdonará!

Después se arrodilló, y tomando el crucifijo, se puso á rezar contemplándolo. Estaba afligido y lloroso, como pastor á quien roban su más querida oveja. Pasó un rato. La pobre dama no se movía ni hablaba. Al fin, tras un doloroso gemido, pronunció estas tristes palabras:

—Soy pecadora y no me salvaré.

Alma infeliz y llena de congoja, luchaba como el náufrago de los aires, alargando una mano al cielo y otra á la tierra.

—Estoy transido de dolor,—dijo Paoletti, mostrando á María su blanco rostro pueril, inundado de lágrimas sinceras,—porque el alma que creí yo haber ganado para un esplendorosísimo puesto del cielo, cae de improviso en los abismos...

—¡En los abismos!...—murmuró la Egipciaca con un sollozo de angustia.

—Sí, y pido á mi Dios que la salve, que salve á esta alma queridísima, que no la condene, que tenga piedad de ella... ¡Oh, Señor misericordiosísimo, haberla visto tuya y verla de Satanás!... ¿No es tu perla escogida? ¿Cómo permites que caiga en el lugar del tormento eterno?... ¿No la perfeccionaste, no la

purificaste como á joya que había de pertenerte eternamente? Alma,—añadió dirigiéndose á María,—oye mi último ruego, si no quieres ver trocada la túnica purísima de la bienaventuranza por vestidura de llamas horribles... Torna en tí, vuelve á tu sér suavísimo y á aquel peregrino estado, donde hallabas deleite superior al que podrían dar á tus sentidos los aromas más delicados y los manjares más exquisitos y las visiones más bellas. Sálvate, no ya del mundo, sino del infierno.

Estas enérgicas palabras hicieron efecto. Siguió hablando el reverendo poeta con aquella oratoria sentida, patética, un poco teatral, que era propia suya, echando mano, como era su gusto, de la retórica descriptiva, y no perdonando *resplandores celestes, ni coros angélicos, ni amor esencial, ni candideces del alma*. Cuando concluyó, María, besando el crucifijo que su amigo espiritual le puso en las manos, derramaba lágrimas, y decía:

—Bien, todo lo cedo ante Tí, Redentor mio; no queda nada en mí de esta levadura de los afectos menudos. Me lo arranco todo con la vida y lo echo al fuego. Aún queda algo; pero usted, Padre, que todo lo puede, me arrancará esta última espina que tengo en el corazón.

—¿Cuál?

—Pruébeme usted que la niña de Pepa no es hija de mi marido.

—¿Cómo he de probar eso, criatura?—replicó asustado el buen Paoletti.—¿Conozco acaso los secretos más íntimos de la naturaleza? Podrá ser, hija, podrá no serlo.

Después aquel hombre de buena fé, pero que sólo conocía la superficie, no las honduras del humano corazón, dijo estas palabras:

—La niña es muy bonita.

Esto era ser Longinos, tomar la lanza y herir el divino costado para abreviar la agonía. La dama parecía saltar en su lecho.

—Alma escogida,—exclamó el valiente Paoletti puesto en pié, fulgurantes los ojos, alzada la mano,—desecha esa última turbación, arroja las últimas heces y ten limpio el vaso en que ha de entrar el agua purísima de la eternidad gloriosa.

—Quiero salvarme,—murmuró María, que más parecía un muerto que habla que un vivo moribundo.

—Pues desecha, límpiate por completo, perdona, ¡oh, alma preciosa!

—Desecho, me limpio, perdono,—se oyó en la estancia, como el silabear misterioso de una vida que se escapa por los labios y fenece en ellos.

—Perdona, y tu salvación es segura.

Solemne y grandioso, el enano se agigantaba con la expansión de su entusiasmo místico. En María habíase mezclado con el entusiasmo un pavor supersticioso que erizaba sus cabellos sobre la sudorosa piel de su frente. Caía desmelenada su cabeza como la hierbecilla inclinada y rota ante la voladora pesadez del tren que pasa.

—Abrazada á esta imagen bendita,—dijo el clérigo,—olvide usted todo lo del mundo, todo, absolutamente todo.

—Olvido,—murmuró María en el fondo de aquella sima oscura de abnegación en que había caído.

—Todo, todo... Olvide usted que existe un hombre, que existe una mujer.

—Olvido,—dijo la voz más quedamente, como si siguiera descendiendo.

—Hágase usted cargo de que es igual que su cuerpo esté en Suertebella ó en su propia casa. Humille usted su amor propio hasta llegar á que no le importe nada la victoria terrestre de los malvados. No tenga usted horror al palacio en que está y en el cual hay una capilla consagrada á San Luis Gonzaga, cuya imagen parece el retrato de nuestro amadísimo Luis.

A este recuerdo María pareció subir.

—Me reconcilio con el palacio. Tu nom-

bre, hermano querido, me causa alegría. Que tu alma triunfante venga en auxilio de la mía.

—Así, así.

María besó el crucifijo.

—Cuanto tengo, si es que tengo algo,—dijo con voz clara,—deseo que se reparta á los pobres. Mi marido y usted se pondrán de acuerdo. Deseo ser enterrada junto á mi hermano y que se me digan misas de cuerpo presente en el altar donde esté la imágen del santo que más quiero y admiro, San Luis Gonzaga.

—Sí, mi dulcísima amiga, y no se le importe nada á esta alma nobilísima que el altar esté en Suertebella.

—Nada me importa. Perdono de todo corazón, me reconcilio con mi Dios Salvador, y espero.

Con las manos extendidas, los ojos medio cerrados, Paoletti pronunció grave, despaciosamente, solemnemente la absolución cristiana.

—Reconciliada con Dios,—dijo luego con voz conmovida,—va usted á recibir la santa comunión.

## XIV

*Vulnerant omnes, ultima necat.*

La ceremonia anunciada se verifica des pues de anochecer con pompa y fervor. El palacio de Suertebella préstase maravillosamente á la ostentacion de mil y mil hermosuras, homenaje tributado por las gracias materiales á un rito augusto. Flores preciosísimas, luces sin cuento son la ofrenda más propia para festejar al Señor de los Señores. Entre tanto 'brillo parece que las mismas obras del arte humano se hacen más bellas y se perfeccionan, como si tambien les tocara á ellas algo del bien que la divina visita trae á la casa. El rumor de llanto que por doquiera se siente, ya en un ángulo de la sala japonesa, ya tras de la estatua griega cuyo perfil